

Los locos y los niños creen, decía Franklin, que veinte pesetas y veinte años son entidades que no acaban nunca; y algo semejante le ocurría con su amor a Claudio Antúnez quien, como hombre de genio, tenía un poco de niño y mucho de loco.

Matildita Landaluce le había demostrado que sobre la pasión de la pintura está la afición a la mujer, la fuerza subyugadora de la hembra de cuerpo ondulante para el supremo deleite formado, inagotable manantial de felicidad y de inspiración, panal que exprime en caricias su fecunda y riquísima miel.

El amor es un enigma que no se descubre hasta después de haber amado; y Antúnez, al querer, lo despejó, quedando luego prisionero en las bellezas de su descubrimiento: hizo de su querida, su musa; una musa ardiente, como aquellas diosas del mundo pagano que fortalecían sus miembros con agua perfumada de rosas de Falerno, y a ella consagró las energías de su cariño, las creaciones de su fantasía.

Las pasiones intensas son a modo de sutiles vaporcillos que salen del corazón, esa retorta donde los humanos sentimientos se funden engendrando misteriosos precipitados de química moral, y ascienden hasta el cerebro, trastornándolo; diríase que entre la cabeza y el corazón hay una lucha callada, implacable, en la cual el cerebro procura triunfar de su enemigo enlazándole con sus pensamientos, para sacarle, como muérdago que ciñe el tronco de robusta encina y vive de su savia; y el corazón siempre desbordado,

se resiste y trata de enloquecer a su rival con las adormideras del cariño.

La cabeza tiene el amor interesado que escribe números, el amor que no se rinde sin antes cobrar los beneficios de su rendimiento, y en el corazón reside el amor ciego, irresistible, como una ley de la materia; aquel que, según Ovidio, anda desnudo porque otorga sus favores caprichosamente y no necesita bolsillos para guardar un dinero que no reclama.

Este combate íntimo desapareció en Claudio luego de conocer a Matilde; la quería mucho, comprendía que su inspiración aumentaba bajo el influjo de aquellas tormentas sensuales, que concebía más y expresaba mejor, y sin darse cabal cuenta de su debilidad, fué abandonándose al placer de amar y ser amado: hoy un poquito, mañana otro poco, siempre cediendo, olvidándose de sí mismo para mejor pensar en ella, anulándose; y Matilde, atenta a conservar su imperio, iba encadenándole insensiblemente, adormeciéndole con sus palabras o sofocándole con sus besos, para que la monotonía de las caricias no marchitase el entusiasmo, pues ella sabía que el cariño, como el acero de las espadas, se templaba con las alternativas bruscas de temperatura; y sin decirselo, como quien obra inconscientemente, fué separándole de sus amigos, inspirándole hastío hacia todo lo que no fuese su amor. Para conseguir esto halagó la devoción de Claudio por el arte, excitándole al trabajo y fomentando sus ansias de gloria; Matilde vió en la pintura una aliada fiel que coadyuvaría eficazmente a la realización de sus planes; una mujer casta, incorruptible, que enloquece a sus adoradores con un beso ideal, y procuró que Claudio consagrarse a aquella hembra impalpable las horas que no pasaba a su lado, pero reservándose para más adelante el derecho de te-

ner celos de la pintura y hacérsela odiar. Era un plan digno del general experto que aprovecha las circunstancias más fútiles para vencer: la fuerza dominadora de la carne, las seducciones del ingenio, la blandura de las caricias femeninas, los placeres purísimos del arte, los deslumbrantes espejismos de la gloria ambiciosa que fantasea coronas y estatuas de mármol; y Claudio Antúnez que amaba sin reflexión y no sospechaba el doblez de su querida, se dejó vencer: renunció a sus amigos y a sus fáciles conquistas de antaño, a toda aquella juventud, mareada con el estruendo de la orgía... ¿Para qué rodar por las calles con amigos pegadizos y tenderas de amor si en Matilde Landaluce, la encantadora figurilla de porcelana que no se rompía entre sus forzudas manos de Hércules, hallaba la satisfacción cumplida de sus antojos...? Una inteligencia despierta que preveía sus deseos, una voluntad contra quien discutir, un cuerpo hermoso que rendía el vigor de su pasión, una mujer que hacía de su trato afabilísimo su principal atractivo, nueva Aspasia enamorada del talento, de las bellas artes y de cuanto hermoso planea sobre la humanidad vulgar... Era la eterna paradójica fábula del amor; la debilidad riendo a la fuerza, la astucia a la audacia; la historia de Dalila encadenando a Sansón, de Marco Antonio renunciando al imperio del mundo por Cleopatra, de Otello muriendo por Desdémona de celos y de amor; y era también la poética fábula de las musas y de las ninfas enamoradas, de las mujeres superiores que saben hermanar lo humano con lo perdurable, los platónicos deliquios del espíritu con los crispamientos de la carne, siendo simultáneamente inspiradoras del arte y sacerdotisas del deleite.

Claudio madrugaba mucho: el sol es gran colaborador de los pintores, y Antúnez sentía cari-

ño amistoso hacia él, porque el sol excitaba su cerebro y daba firmeza a su pulso; mago prodigioso que infundía vida a sus cuadros, frescura a la carne de sus desnudos y colores a su paleta.

Alrededor de las nueve, después de tomar chocolate y mientras concluía de vestirse, bromeaba con Teresa Sanz, que se santiguaba ante la profusión de mujeres desnudas que adornaban las paredes del gabinete. La buena mujer decía que aquello era una indecencia y que, a pesar de ser muy alegre y de servir lo mismo para un fregado que para un barrido, nadie, ni aun su difunto esposo, pudo vanagloriarse de haberla visto en camisa: Antúnez reía a carcajadas las gazmoñerías de su patrona, porfiando que tendría que servirle de modelo para un cuadro que meditaba.

—Será mi obra magna — decía —, y ¡qué gloria para usted, Teresa, y qué gusto para mí el de perpetuar su interesante figura!... Porque, no lo dude usted; la inmortalidad nos la dará ese pedazo de trapo pintado por mí bajo el fuego de la inspiración que usted, como hembra de atractivos, me irradie.

—Pero ¿cómo iba a ser el retrato?—decía ella que tomaba en serio las invenciones del pintor.

—Desnudo.

—¡Ave María Purísima, qué horror!... Eso es por demás...

—Aunque sea... *por demás*... no admito ni un velo, ni una mano indiscreta que disimule aquel supremo incentivo de la figura; ni siquiera la pastoril hoja de parra...

—No, don Claudio, por la memoria de mi pobre marido... ¡El señor me asista!... ¿Quién le ha metido a usted en la cabeza semejante antojo?...

—El destino, Teresa—respondía Antúnez con ridícula gravedad—, el hado, que dispuso que usted sea eterna y yo también retratándola a u-

ted... Ya conoce usted el asunto de mi cuadro, un soto muy verde; a la izquierda, un grupo de árboles, entre cuyas ramas estarán jugando al zurdo que te pego varios amorcillos; al pie de estos árboles habrá cuatro o cinco mancebos solazándose con algunas jóvenes desnudas, sin más adornos que su hermosura, y una corona de pámpanos en la cabeza; y a la derecha, junto a un estanque, y como figura principal del lienzo, estará usted... Usted, sí, señora; necesito una jamoncita así, de esa edad y de esas carnes; usted saliendo del baño, un pie dentro del agua y el otro apoyado sobre la hierba de la orilla; el cuerpo inclinado hacia adelante y los redondos bracitos cruzados delante del pecho, en la mística actitud que adoptan las monjas para dormir; y junto a usted, y como para quitarla el frío, Sileno, o cualquier personaje pagano de buen humor, ofreciéndola una ánfora colmada de vino...

Desde su casa iba Claudio al estudio, situado en la calle del Barquillo; allí le llevaban el almuerzo, y seguía trabajando hasta que el sol declinaba, negándole el insubstituible concurso de sus rayos.

Hacia tiempo que Antúnez trabajaba para el duque Giovanni Berocatti, rico y linajudo caballero perteneciente a la antigua nobleza veneciana. Cierta día recibió Claudio la visita de un italiano que vino en representación del duque a preguntarle si podía pintar una galería de reyes españoles, desde Viriato hasta Fernando el Católico, que Berocatti necesitaba para facilitarle el estudio de la Historia Universal a su hijo Manfredo. La contestación de Antúnez fué afirmativa; cruzáronse varias cartas, alambicóse el precio de los cuadros, y tras muchas vacilaciones, enmiendas y regateos, se ajustó cada lienzo en cuatrocientas pesetas; así se convino y así con-

tinuaron, sin que el pintor ni el duque Giovanni Berocatti faltasen a sus promesas.

Aquel trabajo monótono era para Claudio una labor rutinaria que trascendía a oficina; algo mecánico que su mano ejecutaba sin solicitar el concurso de la inspiración. Todos los bustos, con ligeras variaciones, tenían el mismo perfil, el mismo modo de mirar, idéntica expresión; del obscuro fondo de los cuadros surgían análogas cabezas: cabezas guerreras, fuertes, amenazadoras, de rasgos duros, orladas de cabellos negros y cubiertas por un casco.

Entregado a esta labor, que aseguraba ampliamente su porvenir económico, estuvo bastantes meses; luego, hostigado por su deseo de crear, quiso emprender algún trabajo original, pero la imaginación se resistía a concebir y los asuntos no se presentaban, todos le parecían vulgares, inexpresivos, indignos de ser pintados.

Mas una noche en que se acostó sin comer, medio borracho, rendido por una tormentosa tarde de amor pasada en la bohardilla de Antonia Carrasco con Matilde Landaluce, comiendo ostras y trasegando vino de Jerez, tuvo un ensueño que condensaba cuantas ideas pretendía expresar en su cuadro. Al levantarse, los conceptos se embrollaron, disipándose las figuras como pompas de espuma.

Aquella tarde refirió a Matilde su infructuosa revelación de la víspera, y por la noche volvió a discurrir en el mismo tema; y cuando la fatiga venció a su preocupación, el ensueño se reanudó, surgiendo de la sima ignorada en que la noche esconde a sus hijos: la impresión fué tan violenta, que Antúnez despertó sobresaltado, y ya despierto, continuó viendo el asunto de su pesadilla con perfecta nitidez.

El cuadro representaba un viejo poeta, los co-

dos apoyados sobre una mesa y sujetándose con ambas manos la pensativa frente: delante de él, bajo un nimbo luminoso, una mujer rubia le sonreía; a su alrededor, surgiendo del suelo o bailoteando en el aire como sombras de una danza macabra, aparecían figuras grotescas o trágicas, pesadillas de carne que se retorcián presas de ignotos dolores, mirando al caviloso anciano con ojos que el tormento o el espanto desencajaban, cual si de él esperasen el supremo perdón: en el obscuro fondo blanqueaban espectros vestidos con túnicas flotantes, esqueletos, tal vez; sobre el personaje principal, un ángel, con rostro de mujer, descendía, las negras alas extendidas, a colocar en la cabeza del poeta una corona de laurel; y en el límite superior del cuadro, varios serafines bañados de un resplandor luminoso, cantaban, mirando hacia el cielo. El asunto estaba concluido: era Dante meditando su *Divina Comedia*.

Claudio Antúnez quedó prendado de la originalidad de su concepción, y dejando a un lado pezonesas vacilaciones, empezó a trabajar.

Encaramado sobre el banquillo, con el cigarro entre los dientes y el semblante desencajado por la emoción, pintaba diariamente, encerrando sus ideas en siluetas de contornos enérgicos, poniendo toda su intención en cada detalle, separándose del cuadro para examinarlo mejor y tornando a la tarea con nuevo ahinco, animado por la conciencia de las dificultades vencidas. Entre el lienzo y su cerebro se verificaba una especie de peloteo sensacional: éste concebía una actitud, un rasgo; la mano, obediente, lo dibujaba, y al fijarlo sobre el lienzo, éste devolvía al cerebro el concepto materializado, más fuerte, más preciso, informado de un poder sugestivo que provocaba la concepción de otros que, al materializarse también, reforzaban al primero. Era un cambio cons-

tante entre el sujeto y el objeto, entre el artífice y su obra, en el que ésta favorecía el trabajo de aquél, coadyuvando a su triunfo; era la hembra, al principio remisa y pasiva, que después reanima el vigor del macho devolviéndole sus caricias.

El asunto elegido por Claudio resumía todos los matices de su temperamento: su afán de idealidad, sus desequilibrios de hombre nervioso, sus nostalgias de hijo del Mediodía, perezoso, instintivo y sensual.

El no acariciaba el ideal frío y anticuado de los pintores místicos; los ascetas de Ribera, las vírgenes de Murillo y de Correggio, las *madonas* del divino Rafael, le parecían inexpresivas; tenían una belleza tranquila, demasiado vaporosa para ser justipreciada por los críticos de este siglo positivista: había en ellas mucho espíritu; el alma anulaba al cuerpo, y el místico fervor que iluminaba sus semblantes deprimía su belleza plástica. Aquellas cabezas femeninas eran impecables; aquellos ojos tan puros, velados por largas pestañas, sólo podían mirar al cielo; por aquellas frentes tan tersas, sólo castos pensamientos pudieron cruzar; aquellos labios, mágicamente dibujados, sólo plegarias podrían decir: la carne no existía; eran mujeres que debieron de pintarse sin modelo; prodigiosas creaciones de la fe, en las cuales la materia queda vencida.

Rubens, Tiziano, Rembrandt, tampoco le agradaban; en ellos, por el contrario, había excesiva carne: narices dilatadas por la fiebre del deseo; senos turgentes, duros, que pedían mordiscos; vientres redondeados, acusando una maternidad vigorosa; caderas que insinuaban movimientos lascivos; piernas de deslumbradora blancura; carnes lujuriantes... Serrallo incomparable, para esplendor del cual las mujeres más hermosas de Flandes, de Italia y de Circasia, prestaron el

concurso de su belleza. Era, si se quiere, la materia idealizada; pero materia al fin, ardiente y viciosa.

Claudio Antúnez no quería esto, soñaba un cuadro que compendiasse el cielo y el infierno, lo metafísico y lo real, y la figura de Dante le sirvió de pretexto para su extraño asunto.

Dante, con su nariz aguileña, reveladora de una voluntad firme y dominadora, su semblante enjuto, su mirada penetrante y tenaz, su labio inferior montado sobre el superior, expresivo gesto del sabio que duda meditando un problema difícil, era la imagen perfecta del hombre consagrado al estudio y a la conquista de la inmortalidad, y que sacrifica a estas nobles aspiraciones el sosiego de sus noches y los alegres devaneos de la juventud distraída. Y aquella imagen que flotaba ante sus ojos medio cerrados magnificada por un nimbo luminoso, era Beatriz, la mujer impalpable cuya pureza se reflejaba en la rubicundez de sus cabellos y en sus frescas mejillas de joven aldeana montañesa; era su musa, el amor ideal que quiere sin besos y abrazos; la gloria ofreciéndose seductora ante el poeta de Rávena; y aquel ángel de alas negras que descendía trayendo entre sus manos una corona de laurel, era la Fama, el aplauso estruendoso de la humanidad personificada en una mujer.

Las demás figuras representaban creaciones diferentes de la portentosa trilogía dantesca.

Allí, junto al poeta, estaba la airosa pantera, símbolo de la lujuria, con el dorso arqueado y las patas traseras contraídas, en la actitud del gato que va a saltar; a la derecha, Caronte, el siniestro barquero del infierno, y a su lado las sombras ensangrentadas de Pablo y de Francisca de Rímini, prolongando entre tormentos su beso criminal; y en los extremos del cuadro, y afectando

caprichosas actitudes, los hipócritas, caminando inclinados bajo el peso de túnicas de plomo; los cortesanos y aduladores, sumidos en un charco de inmundicias; los codiciosos, nuevos Sísifos del infierno dantesco, condenados a empujar eternamente piedras enormes; las almas vulgares, sin virtudes ni vicios, acibilladas por millones de insectos insaciables; los rufianes, apaleados por demonios, y otra lúgubre multitud de fantasmas descoyuntados por la tortura y de ángeles precitos, que danzaban en siniestra behetría en la imaginación del poeta. Y a la izquierda, y en primer término, Caifás, crucificado en medio de un camino para sufrir los pisotones de los que transiten por él, Jasón, el burlador de Hipsipyle y de Medea; Anastasio, purgando su herejía dentro de un sepulcro infecto, y la trágica sombra del conde Ugolino mordiendo la nuca del arzobispo Ruggieri y devorándole los sesos... Todo ello formaba un conjunto horrible, que hacía pensar en la utilidad de la virtud.

Contemplando aquellos rostros desfigurados por la agonía, aquellos miembros que crujían bajo el peso de serpientes enormes, aquellos ojos aterrados, intestinos colgantes y corazones desgarrados y sangrientos, la figura de Dante crecía, adquiriendo la grandeza terrible del dios Minos. Y para que la alegoría de la creación dantesca fuese completa, en el extremo derecho y superior del lienzo, y contrastando con los tonos sombríos del conjunto, se vislumbraba la Gloria; un rayo de luz redentora bañando un grupo de ángeles rubios vestidos de blanco.

Suspendido así el poeta entre el infierno y el paraíso, entre aquellos espectros ensangrentados que extendían los escuálidos brazos implorando piedad, y los espíritus luminosos cantando al son de sus arpas el triunfo del Eterno, era una repre-

sentación palpitante de la Historia, un compendio de filosofía moral: la virtud venciendo al pecado, la justicia castigando al delincuente, el ángel de la Fama laureando al hombre que pudo sobreponerse a las debilidades carnales para no pensar más que en Beatriz, en lo suprasensible, en lo que no muere.

Nada intimida tanto al escritor como el rimerero de cuartillas que ha de llenar de ideas, ni al escultor como el bloque de mármol que tiene que modelar y pulir, ni al pintor como un lienzo en blanco; el rimerero de cuartillas, la piedra y el lienzo blanco, son los elementos primordiales, el *protoplasma* de la obra artística, la materia idónea para recibir el soplo creador del genio, perpetuar las concepciones de la mente inquieta y levantarse y vivir repitiendo la leyenda de Lázaro. Claudio Antúnez experimentaba repentinas congostas ante aquel lienzo blanco tan grande, que esperaba el contacto de su mano para despertar a la vida. Empezaba a trabajar sin gusto, poseído del malestar que acomete a los bañistas perezosos antes de arrojarse al agua; todo le distraía: la dureza del asiento, los ruidos que ascendían de la calle... Pero insensiblemente iba dominando su emoción y adquiriendo el aplomo necesario, hasta que su entusiasmo le arrojaba a la tortura de dar forma a las ideas; verdadero parto intelectual en que el artista siente que su cerebro se desgarrar, como las mujeres padecen el desgarrar de sus entrañas fecundas en el dramático instante de dar a luz; y entonces, enloquecido por el poder fascinante de su obra, encadenado a sus pensamientos, que resurgían poderosos del antes inexpresivo lienzo blanco, se abstraía y pintaba sin desmayo, poniendo en aquello toda la vehemencia de su concepción, la fuerza eléctrica de sus nervios, la habilidad ejecutora de su mano.

El lienzo, mudo y frío al principio, parecía caldearse, estremeciéndose bajo el cosquilleo fecundador del pincel y devolviendo a Claudio el beso del Arte, la concepción objetivada, provocadora de concepciones sucesivas que habían de objetivarse también.

En estas horas de doloroso alumbramiento, Antúnez padecía un frío intenso que helaba sus dedos; la nuca le dolía y los menores ruidos le causaban conmoción violenta; penosísimo estado neuropático que le acometía con la llegada de la inspiración. Así transcurría la mañana; por la tarde el mozo del café inmediato traía un almuerzo suculento, que Claudio Antúnez devoraba con apetito, y después se sentaba en un diván, divirtiéndose mientras fumaba, en mirar los cuadros que decoraban las paredes; cada uno de ellos le recordaba un episodio, una fecha, acaso una crisis económica; eran como los postes que marcan el camino de su vida artística, existencia alegre y aventurera que corría a su extinción.

Claudio Antúnez evocaba su historia sin pesadumbre; tenía un carácter expansivo que no sentía la nostalgia de la vida, mordedor gusanillo de los temperamentos románticos. A él sólo le preocupaban el presente y el porvenir, lo que no ha sucedido, los placeres que aun están para gozar; la triste grandeza de los cementerios no existía para él; era un hombre de la sociedad pagana en quien las doctrinas de Cristo no habían influido; amante fervoroso de la forma y del deleite que a la forma va unido, prefería la Venus Anadyomena a las vírgenes cristianas, y no concebía por qué Naturaleza, que nos puso los ojos delante, nos dió la capacidad de volver la cabeza para mirar hacia atrás.

Al anochecer acudía a la tertulia que sus amigos formaban en la Carrera de San Jerónimo, fren-

te a Lhardy. En aquella reunión de literatos y pintores, en la cual también solía verse el rostro afeitado y macilento de algún actor, disipaba Claudio la pesadumbre de sus horas de trabajo, discutiendo cuantos asuntos surgían en la conversación, riendo a carcajadas, llamando la atención de los transeuntes con su voz poderosa y metálica de marinero viejo, teniendo una frase oportuna para cada objeción y piropos agudos para las mujeres transeuntes.

Después de cenar iba al teatro o al café, y en todas partes se aburría; envidiaba a los periodistas, que trabajaban de noche y maldecía de la luz eléctrica, que no puede sustituir a la del sol; la inacción a que diariamente le condenaba su colaborador durante catorce o quince horas le enfurecía, y como entonces Matilde también le faltaba, se acostaba malhumorado, esperando la llegada del sol para vivir.

En los ratos que sus quehaceres le dejaban libre, veía a Amparito Guillén; Matilde lo sabía y le dejaba, persuadida de que aquellos amores, tan contrarios al temperamento de Claudio, terminarían pronto; y éste seguía visitándola compadecido, esperando la oportunidad de romper con ella sin lastimarla; la acompañaba el menor tiempo posible, como quien cumple un deber de conciencia, y luego escapaba, alegando pretextos diversos: así habían pasado dos años, y el mismo Antúnez no sabía cómo concluir.

Una mañana, estando Claudio desayunándose, entró Teresa a decirle que una señora preguntaba por él.

—Es pequeñita — dijo —, así, como yo; lleva mantilla, viste bien...

Antúnez, no sospechando quién pudiera ser, repuso encogiéndose de hombros:

—Dígale usted que entre.

Después, cuando vió aparecer a la importuna visitante, no pudo reprimir un grito de júbilo.

—¡Matildita...! ¿Tú por aquí...?

La joven se arrojó en sus brazos.

—Sí, yo misma. ¡Estoy harta de tener cordura y de ser mujer de talento...! A Pablo le he dejado en la camita, sudando un catarro que cogió ayer en la huerta; él mismo me dijo que saliese a cobrar una letra que hemos recibido: yo, naturalmente, no quería... ¡figúrate...! pero él insistió tanto, tanto... que por complacerle me resolví al sacrificio de venir a verte, mamarracho...

El la había sentado sobre sus rodillas y la acunaba como a una niña pequeña.

—¡Feúcha de mi alma...!

—¡Chico, qué bien...!

Y añadió:

—Lo más famoso del caso es que allá creen que almuerzo con Juana, y a ésta la he dicho que como con una amiga: ¿entiendes...? La carambola está hecha y almorzaremos juntos. Te digo que el demonio me ayuda. Yo venía diciendo por el camino: si aquél supiese la sorpresa que voy a darle... Pero, chico, ¡qué vergüenza he sufrido en ese pasillo...! Si llega a salir uno de los huéspedes y me mira y le gusto y empieza a floearme, ¡olé, y qué sé yo!... me muero del berrenchín...

Hablaba de prisa, riendo, palmoteando, interrumpiéndose para corresponder a los besos que de su amante recibía; y estaba hermosa, con esa hermosura triunfante que refleja en el rostro un amor feliz.

—¡Tienes un cuerpecito que vale un corazón...! — exclamó Antúnez—. ¡Qué monfísima eres, Punto-Negro...

Punto-Negro era el mote con que Claudio había confirmado a Matilde Landaluce.

Ella sonreía, mirando los cuadros con ojos habladores.

— ¡Cuánta mujer! — dijo —; y me escamo, pues dudo que el amor a la pintura le quite a los señores artistas la devoción a las faldas. La más hermosa es aquella que tienes allí... — Y señaló el retrato predilecto de Antúnez—. ¿Quién te sirvió de modelo?

— Nadie — dijo Claudio apasionándose —; es un tipo ideal, enteramente mío... ¡Es mi cuadro favorito...!

Quedaron silenciosos, contemplando el bellísimo rostro de aquella mujer rubia con ojos verdes, que parecía escucharles.

— ¡Y es que se parece a ti! — exclamó de pronto Antúnez —, y mucho... No tienes el pelo ni los ojos como ella... y, sin embargo, os parecéis.

Matilde se echó a reír.

— Eso lo dices para que yo no tenga celos.

Hubo una larga pausa. Claudio se había quedado pensativo.

— Es una semejanza prodigiosa — murmuró —; ¡qué torpe soy...! He necesitado veros juntas para conocerlo.

El resto del día lo pasaron en el estudio.

Era éste una habitación espaciosa, limpia, alegre, con el suelo encerado y el techo de cristales. A un lado estaba el cuadro de Dante, y al otro un diván de felpa color verde mar y dos butacas de la misma clase; en el fondo, disimulada por una cortina, había una puertecilla que conducía a dos habitaciones interiores, destinadas a guardar armas, bustos, trajes y otros viejos objetos.

Aquella mañana Claudio Antúnez no quiso trabajar; pero Matilde se opuso a aquel acto de insubordinación y consiguió dominarle: él pintaría hasta la hora de almorzar, y después darían un

paseito. Fué asunto resuelto y todo se hizo conforme ella lo dispuso; y mientras Claudio pintaba, Matilde fué a sentarse en el sofá: se había puesto la capita y meditaba, la inteligente cabeza sepultada entre las pieles del cuello. Tenía una pierna puesta sobre la otra, enseñando un poco el empeine del pie sustentador, y los brazos cruzados sobre el pecho, en una deliciosa actitud de indolente altanería. Examinándola de medio cuerpo arriba con su estrecha cintura, su busto de niña y su rostro aguileño y pálido de mujer nerviosa, sus grandes ojos pardos, sus cejas inquietas, su nariz fina, su boca de labios delgados, su barbilla saliente de hembra testaruda y aquel pelo áspero negrísimo, que servía de marco a la frente, parecía, al lado de tanto cuadro, un retrato más, un semblante de cera modelado por Grevin sobre el cual un discípulo de Velázquez hubiera derramado aquel barniz de distinción que el gran maestro imprimía a sus figuras.

La conversación languidecía, reduciéndose a monosílabos, que quedaban resonando en el silencio del estudio; y Matilde, a quien encantaba aquel sosiego, se sentía bien, recorriendo los años pasados y fantaseando un porvenir dichoso. De pronto, dijo:

— Tengo miedo de estar aquí, Claudio; parece que los retratos de tus cuadros me miran.

— Porque no tienen confianza contigo.

— Chico, ¡bonitas explicaciones inventas para tranquilizarme...! Oye... ¿quién es aquel caballero que está ahí, a la derecha...?

— ¡Ah...! no te asustes, es Teudiselo, un rey...

— Azacán más impertinente... ¡no me quita ojo!

— ¡Diantre...! pues trabajo me cuesta desfigurarle. Pero, chiquita, considera que soy un pobre diablo, sin otro bien que mi paleta; que ese re-

trato vale cuatrocientas pesetas, y el rey que vale ochenta duros... es un gran rey...

Y no dijo más, distraído por la fiebre de la concepción, que volvía a dominarle.

Matilde Landaluce le contemplaba poseída de inmenso bienestar, y otra vez tornaron a su memoria los múltiples recuerdos de su pasado. Apareció Antonio Santero, aquel muchacho simpático y enamorado que murió tísico; le veía con su estatura alta, su cuerpo delgado, sus ojos, que una enfermedad traidora entristecían, su barba rubia; y aspiraba su aliento, oía el metal de su voz, cada vez más débil, más mortecino, según la tisis iba desgarrando sus pulmones; y recordaba las impresiones de aquel amor relámpago, los detalles de aquella agonía, el esfuerzo convulsivo del postrer abrazo, el frío del último beso, la expresión desesperada, suplicante, inexpresable, de la última mirada. Aquel fué su primer desengaño: las lágrimas que entonces derramó, las primeras que escaldaron sus tiernas mejillas de niña dichosa.

¡Cuánta poesía encerraban aquellos tiempos...! ¡Qué hermosos eran los días, qué bien lucía el sol, qué placidez y qué sosiego los de aquellas noches, qué regalado sabor el de aquellos besos deificados por el cariño y legalizados por la ley; qué ansias tan grandes de reír: gozando de un mundo que a su inocente imaginación aparecía como el mejor de los mundos creados; qué confianza tan hermosa en que aquella felicidad no tendría fin...!

Luego, otros recuerdos atropellaban a aquél, y por su imaginación desfilaron los tristes días de su viudez, sus visitas al cementerio, sus deseos de renunciar al mundo y desposarse con Cristo en cualquier convento provinciano. Y después, la figura de su primer amante.

Reconcentrando sus pensamientos, también le veía con sus ojos acariciadores, su nariz ancha, su barba corrida, sus ademanes y actitudes, sus trajes, cuyo corte y color recordaba como si los llevase esculpidos en las circunvoluciones del cerebro; su muerte repentina, brutal, como la del buey que recibe un mazazo en el testuz... Este amor vivió y murió inconfeso; pasión que tuvo de callada cuanto de franca y ostentosa tuvo la de su primer marido...

Y más tarde, las relaciones con Pablo Estrada, sus cartas salpicadas de requiebros cursis y de cálculos económicos, en las cuales se asociaban en absurdo maridaje el amor y la aritmética mercantil.

¡Oh!... estas impresiones eran más tristes que las otras, y sangraban aún; para ver a Pablo Estrada no necesitaba fantasear: le veía, sí, aunque no quisiese; con su cuerpecillo enteco, sus piernas arqueadas, sus ojos penetrantes de merca-chiffe suspicaz, su color cetrino, su barba puntiaguda, su meloso acento habanero, conjunción funesta de rasgos que crispaban sus nervios, poniéndoselos en horrible tensión.

Y acusada por la imagen del hombre infausto que había dejado sudando entre dos cobertores, miró a Antúnez, que seguía pintando, olvidado del mundo; y sonrió viendo su cuerpo atlético y su altiva cabeza, que la inspiración embellecía; tan fuerte, tan airoso, tan joven, tan apasionado de su arte. Así era el hombre que ella erigió en prototipo del sexo masculino: entusiasta y soñador, capaz de dar su vida por una idea y suicidarse por no despertar de un ensueño feliz.

Después, la imagen de Pablo Estrada reapareció, sombreando el semblante de Matilde con un gesto de disgusto.

—¿Te aburres, Punto-Negro? — le preguntó Claudio sin volver la cabeza.

Ella no pudo responder, sofocada por un dolor intenso: el presente abrumador se imponía al futuro engañoso y apareció su vida actual, monótona, sin otros regocijos que las misas dominigueras, su madre regañona, su hotelito sumido en el silencio de los campos solitarios... y sus ojos se arrasaron en lágrimas: luego tosió, procurando serenarse; pero las figuras de los cuadros la examinaban con la mortificante curiosidad con que miran al espectador los retratos de Tintoretto, y aquello acabó de desconcertarla; Teudiselo, el terrible rey godo que valía cuatrocientas pesetas, la fascinaba también bajo sus ojos feroces... la alucinación adquirió tales visos de realidad, que Matilde Landaluce se levantó bruscamente y exclamó, aludiendo a la pregunta de Claudio:

—No... pero tenía ganas de que charlásemos un poquito...

Se acercó a él, complaciéndose en hacer sonar los tacones de sus botitas de charol sobre el suelo encerado del estudio.

VI

Insensiblemente Claudio Antúnez fué apartándose de la alegre sociedad de sus amigos, y dedicándose con mayor ahinco a su amor y a su cuadro favorito.

Punto-Negro triunfaba: en pocos meses logró hacer de su ingenio picaresco su principal atractivo; era una criatura deliciosa, que encubría cuidadosamente sus pesares, y siempre llegaba a Claudio alegre, sonriente, feliz por encontrarse a su lado, con ganas de jugar y de decir algo; jamás hizo un gesto que pudiera disgustarle, ni

pronunció una frase mortificante, y le trataba con iguales deferencias que el día en que se conocieron. Era la gran actriz adivinada por Matilde Díez; actriz anónima, más peligrosa que otra cualquiera, porque sólo empleaba las peregrinas donosuras de su entendimiento en el gran teatro del mundo.

Mujer de delicadísima complexión, tenía un temperamento de fuego, insaciable para el placer; la menor caricia ponía en conmoción la red de sus nervios, erizaba el vello de su cuerpo y aceleraba el cierzo de su sangre ardiente; y, sin embargo, tenía para los devaneos íntimos un pudor que no se vendía a la confianza.

En los grandes arrebatos pasionales, no guardaba reservas, y se entregaba con una especie de lujuria coquetona, segura del triunfo de su belleza, deseando estrecharse al ser amado para embriagarse más pronto al contacto abrasador de sus cuerpos palpitantes. Había nacido para querida, para vencer siempre por sí misma, con su ingenio y sus encantos, reteniendo a su amante sin necesidad de pedir auxilio al Código; mujer extraña, que se hubiera quitado la camisa delante de Claudio, y no se atrevía, sin embargo, a bostezar en presencia suya.

De estas cualidades iba apasionándose el pintor, y la mujer dominadora surgía insensiblemente de la hembra vulgar. En la pequeñez de Punto-Negro hallaba Claudio precisamente la idea de su querida; era imposible concebir nada más diminuto ni mejor proporcionado, ni cuerpo más chiquito que sirviese de vaso receptor a un espíritu más grande.

Quando Matilde lograba realizar una escapatoria imprevista, corría a sorprender a su amante a la plaza de Bilbao; y si calculaba, por la hora, que no le encontraría allí, iba al estudio.